

Letras de la Nueva España, de Alfonso Reyes: hacia la identificación de una perspectiva crítica en la voz enunciativa

Ximena Gómez Goyzueta
ximena.gomez@edu.uaa.mx

Introducción

El plantear un proyecto individual que revise un *corpus* literario conformado a través de tres siglos, en relación con, al menos, dos proyectos colectivos de gran alcance (el de José Pascual Buxó, en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM¹ desde los años noventa y el de Jessica Courtney Locke, en el Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM² ya en el siglo XXI) y

-
- ¹ Se trata del Seminario de Cultura Literaria Novohispana, en el cual se creó también el Sistema Bibliográfico sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Y en el contexto del mismo seminario, se generó el proyecto de investigación Fundamentos Teórico-Methodológicos para una Historia Crítica de la Literatura Novohispana, que sigue vigente. Véase <https://www.iib.unam.mx/index.php/instituto-de-investigaciones-bibliograficas/investigacion-y-proyectos/lineas-y-proyectos-de-investigacion/proyectos-colectivos>
 - ² Jessica Locke coordina este proyecto junto con Ana Castaño desde el 2018, se titula *Historia de las literaturas en México: siglos XVI-XVIII*, encarnará en tres tomos de esta historia literaria. El proyecto aún está en proceso.

con las investigaciones que tenemos en México actualmente sobre historia de la literatura novohispana, es complicado, acaso una tarea insensata. La intención de esta propuesta era problematizar sobre la compleja tarea de conformar un *corpus* de la literatura novohispana. Pero ante el conocimiento de estos proyectos de largo alcance y tras la revisión de estudios sobre la obra alfonsina que trabajaremos aquí, la presente investigación dio un giro. Se ha acotado al análisis de los ensayos alfonsinos *Letras de la Nueva España* (LNE) desde los siguientes componentes que hemos identificado en la lectura: la historia literaria como discurso, su ensamblaje mediante un punto de vista irónico, y su interpretación desde una perspectiva decolonial.³

La obra ensayística de Alfonso Reyes incluye esta especie de historia literaria, que se despliega en el conjunto de ocho ensayos más o menos breves titulados *Letras de la Nueva España* (1946). Como sabemos, estos *corpus* se desarrollan entre el siglo XVI y el XVIII en un contexto histórico y cultural intenso, heterogéneo, multicultural y restrictivo; en pocas palabras, complejo. Reyes revisa y valora las letras novohispanas diacrónicamente y también considerando la relación entre los géneros, las voces autorales y colectivas, y los momentos histórico-culturales que los convocan. José Pascual Buxó comenta que estas “coloridas miniaturas” ensayísticas “ordenaron y aligeraron en armónico concierto la natural densidad de los especialistas [...], así como toda la trayectoria literaria de nuestro pasado indígena e hispánico” (Buxó 1994, p. 24). En este sentido, hacia la mitad del siglo XX, Alfonso Reyes responde a la necesidad de “hacer una síntesis de las letras novohispanas que trazará como puntos de partida los estudios, entonces recientes, sobre la poesía indígena

3 El pensamiento decolonial es una corriente de teoría crítica que toma como base el referente histórico del descubrimiento, la conquista y la colonización de América vistos desde una perspectiva no europea que trata, por tanto, las consecuencias psicológicas, históricas, éticas y teóricas de estos acontecimientos en los pueblos colonizados (Mignolo 2007, p. 16). Walter Mignolo es uno de los teóricos decoloniales más destacados del contexto americano. El estudioso considera que el pensamiento decolonial “es la opción que surge desde la diversidad del mundo y de las historias locales que, a lo largo de cinco siglos se enfrentaron con ‘la única manera de leer la realidad’ monopolizada por la *diversidad del pensamiento único occidental*” (Mignolo, 2009, p. 254). Se trata, pues, de una opción, de una manera de ver la realidad histórica “excavando los cimientos imperiales/coloniales de la idea de América Latina”, pues, dice Mignolo, “el continente americano existe como una consecuencia de la expansión colonial europea y los relatos de esa expansión desde el punto de vista europeo” (Mignolo, 2007, p. 16). Es desde estos planteamientos que proponemos observar e interpretar críticamente la perspectiva de coexistencia intercultural que considera Alfonso Reyes, en la que se producen las letras de Nueva España, y que intentaremos identificar en la voz enunciativa de estos ensayos.

y los nuevos aportes en torno a la literatura colonial” (Buxó 1994, p. 23). Su intención se inscribe, considera Víctor Díaz Arciniega, en la importancia de proponer una relación de “continuidad de la parte antigua de nuestra tradición cultural y educativa [para] recuperar y fortalecer las líneas de continuidad de la identidad” (Díaz, 2011, p. 137).

Las Letras de la Nueva España

Si bien los ensayos alfonsinos no son totalmente homogéneos entre sí, adquieren unidad por los aspectos que se describen a continuación. Comenzando por el título, *Letras de la Nueva España*, ya se expresa una intención deliberada de concierto. Se expone en cada uno de los ensayos el proceso histórico y cultural que hizo posible hablar de “letras” en la conformación de Nueva España desde el siglo XVI y hasta principios del XIX. Asimismo, el autor conjunta, al menos, dos criterios muy visibles en seis de los ocho ensayos –“La crónica”, “Teatro misionario”, “Teatro criollo en el siglo XVI”, “Primavera colonial (XVI-XVII)”, “Virreinato de filigrana (XVII-XVIII)” y “La era crítica (XVIII-XIX)”–: revisa un periodo determinado, principalmente, en función de uno o dos géneros discursivos que tuvieron un desarrollo particular en respuesta a las condiciones contextuales de ese momento, y no deja de mencionar los demás géneros, autores y personajes históricos que coexistieron. Los otros dos ensayos –“Introducción a la poesía indígena” y “La hispanización”– funcionan igual diacrónicamente, pero hacen de bisagra de los antecedentes de las culturas encontradas entre sí y del proceso de aculturación entre lo indígena y lo hispanico. Además, queda patente cómo esta bisagra fue cada vez menos visible, aunque siempre estuvo allí, como un pulso latente en este *corpus* de naturaleza heterogéneo.

El presente trabajo es el comienzo de una investigación más amplia. Expondremos aquí una descripción introductoria de los ensayos alfonsinos, que considerará como eje el estudio de la forma en que la voz enunciativa de las *Letras de la Nueva España* propone y revisa críticamente la conformación de la serie literaria dentro de su contexto histórico-cultural. Asimismo, se considerará cómo esta voz también revisa y dialoga con buena parte de la crítica literaria que habló en el periodo en el que se publicó este *corpus*. La relevancia de esta investigación, pensamos, se debe a que el *corpus* alfonsino en cuestión prácticamente

no ha sido estudiado ni atendido a profundidad desde la propuesta historiográfica-literaria de Reyes para una comprensión crítica de las letras de Nueva España. Hasta donde he investigado, hay poca información sobre si estos ensayos aportan un conocimiento que trascienda hasta nuestros días.

La perspectiva teórico-metodológica que acompañará el análisis profundo de los ensayos alfonsinos se presentará aquí, igualmente, a través de un panorama general e introductorio. Partimos del supuesto de que la voz enunciativa se muestra con un cierto tono irónico; fenómeno que deriva en una mirada crítica cuya interpretación, proponemos, es factible desde el pensamiento crítico de Roland Barthes sobre la historia como discurso (1994), algunas ideas sobre historia cultural de Roger Chartier (1992) y con una perspectiva decolonial desde el pensamiento de Walter Dignolo (1991, 2007, 2009). Ofrecemos, pues, un primer acercamiento sobre cómo podrían entenderse estos ensayos si identificamos el supuesto tono irónico en que se expresa la voz enunciativa en numerosas ocasiones, y que significa el punto de partida para una propuesta crítica de historia literaria novohispana por parte de Reyes, cuya valoración es, en buena medida, liminal gracias a este tono que adquiere su escritura: muestra constantemente el derecho y el envés del fenómeno discursivo en cuestión.

La búsqueda de ese tono irónico, pues, será el sustrato de la interpretación de los ensayos. Para Lauro Zavala, “si la narrativa moderna recurre a la ironía como una estrategia que permite expresar las paradojas de la condición humana y los límites de nuestra percepción de la realidad, ello exige la presencia de un lector capaz de reconocer las distintas estrategias de auto-cuestionamiento que este mismo discurso pone en juego” (1992, 60). Esto implica la presencia del eje “hablante, mensaje, destinatario” en movimiento: el texto expone un modo de ser del discurso posicionado por el autor para interactuar con el lector en esta puesta del discurso. Así, considera Zavala, un estudio que apueste por la visión irónica “debe partir del reconocimiento de que todas las formas de la ironía yuxtaponen las perspectivas de hablantes, enunciados y situaciones” (Zavala, 1992, p. 60). La capacidad de la ironía para mostrar estas paradojas en el discurso es un rasgo de oblicuidad, piensa José Luis Ramírez (1992), porque permite velar y revelar la posición discursiva simultáneamente. Así, la atención está puesta (hablante, mensaje) y debería ponerse (destinatario) no sólo en lo que se dice sino en lo que se hace al decirlo (Ramírez, 1992).

Las marcas de la ironía pueden identificarse con la propuesta metodológica de Roland Barthes sobre el discurso histórico, que nos ayudará a entender la historia literaria de los ensayos alfonsinos como una puesta en discurso por parte de la voz enunciativa. Si bien no nos parece que esta puesta tenga como resultado una “fábula histórica” en este caso, como lo ha observado Clara María Parra a propósito del ensayo literario en la obra de Reyes, sí podemos observar, siguiendo a Parra, la veta exploratoria de Reyes a través de

un procedimiento de escritura actualizada, no del pasado, sino de construcciones-representaciones que el hombre va realizando de sí mismo, y que constituyen un primario modo de crítica no convencional ni directa, sino siempre revestida de ‘divagaciones imaginarias’ que ponen en cuestión el paso del tiempo y las variaciones que se pueden realizar en torno a éste (Parra, 217).

Asimismo, Barthes indaga sobre la historia como un discurso cuya producción puede derivar en un “efecto de realidad” a partir de marcas discursivas que es posible identificar en tres planos: el del enunciante, el del enunciado y el del significado (Barthes, 1994, pp. 163-179). Siguiendo las marcas discursivas que proponer Barthes para cada plano, es que iremos tras la identificación de una voz enunciativa que se posiciona desde la ironía.

Por otra parte, nos apoyaremos en las perspectivas de la historia cultural de Roger Chartier en *El mundo como representación*, y tomaremos algunas indagaciones que nos parecen relevantes para nuestro estudio de la voz enunciativa. En este estudio, Chartier habla de la historia cultural de Occidente a partir de la modernidad con base en la invención de la imprenta y sus consecuencias para la oralidad, la escritura y la historia del libro. Así, este autor plantea su estudio desde “la crítica textual, la historia del libro y una sociología retrospectiva de las prácticas de lectura” (Chartier, 1992). Con ello, indaga sobre

las modalidades de apropiación de los textos y los procedimientos de interpretación que sufren. ¿Cómo los textos, convertidos en objetos impresos, son utilizados (manejados), descifrados, apropiados por aquellos que los leen (o los escuchan a otros que leen)? ¿Cómo, gracias a la mediación de esta lectura (o de esta escucha), construyen los individuos una representación de ellos mismos, una comprensión de lo social, una interpretación de su relación con el mundo natural y con lo sagrado? (Chartier, 1992).

Finalmente, tomando como referencia estas preguntas, apoyaremos nuestro análisis de los ensayos alfonsinos en algunos planteamientos del pensamiento decolonial de Walter Dignolo a través de su estudio sobre el problema de la fijación del canon literario, en relación con las perspectivas desde las cuales lo discute el sujeto en cuestión (el estudioso). Considera Dignolo que “los debates sobre la formación del canon deben discutir tanto en los planos vocacional y epistémico como a través de las fronteras culturales” (Dignolo, 1991, p. 246). Preguntas como “¿quién enseña el canon de quién?” (Dignolo, 1991, p. 247) nos permitirán observar qué dice y cómo se comporta discursivamente la voz enunciativa en los ensayos de las *Letras de la Nueva España*.

Panorama crítico

Los ensayos contenidos en las *LNE* tuvieron una primera versión en 1942 y se publicaron por primera vez en 1946 en una edición de la Secretaría de Educación Pública, después del regreso de Reyes del extranjero de sus estancias sapienciales y diplomáticas en Europa y Sudamérica, periodo que corresponde a la última etapa intelectual de su vida. Tras un importante intercambio de saberes desde la filología, la filosofía, la historia y la estilística con intelectuales como Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Raymond Foulché Delbosc, Karl Vossler, Amado Alonso, entre otros, “a partir de los años 40, después de un exilio de 26 años, Alfonso Reyes se dedicó a fundar instituciones educativas y de investigación en México” (Ugalde, 2013, p. 186). Dalmasio Rodríguez proporciona una noticia sobre el origen de estos ensayos en relación con el proyecto educativo mexicano para ese momento:

escrito a petición del entonces Secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, el ensayo de Reyes formó parte del tomo colectivo *México y la cultura*, cuyo fin último era exponer de manera sucinta pero actualizada las diversas manifestaciones artísticas, científicas e históricas de la nación mexicana. Dos años después, en 1948, la versión de *Las letras patrias* dio origen a *Letras de la Nueva España*, título más exacto y que ha tenido varias ediciones (Rodríguez, 2004, p. 175).

Podemos decir que con este *corpus* se está considerando un proyecto sobre la formación de un canon de cultura letrada del pasado precolombino y novohispano como parte de un proyecto más extendido, de conformación de identidad nacional. Para Dalmasio Rodríguez, *LNE*⁴

ofrecía una rica síntesis de los autores y géneros que tuvieron lugar en la Nueva España durante los tres siglos de su existencia. Ambas obras [se refiere a la antología de Méndez Plancarte *Poetas novohispanos*], vinculadas estrechamente, aportan invaluable información para el mejor conocimiento de nuestra literatura virreinal y marcan una nueva propuesta historiográfica (Rodríguez, 2004, p. 175).

Es importante mencionar que, cuando la crítica especializada revisa la obra ensayística de Reyes, hacen menciones más o menos extendidas a las *LNE*. Esto es significativo porque, si bien se ha dicho que se trata de una propuesta historiográfica, se habla también de esta obra como “ensayos”, lo cual es fundamental en relación con las opiniones críticas que vertemos a continuación, que consideran aspectos de las *LNE* aunados al de su carácter historiográfico, pero que también hablan de la subjetividad del autor, y como veremos en la descripción de los ensayos, es un tema que nos interesa analizar particularmente.

Para comenzar, se habla de esta obra en relación con otras como la *Cartilla moral* (1952) o *La constelación americana* (1950), las cuales estaban dentro de la perspectiva alfonsina de una necesaria reconstrucción cultural de la identidad nacional durante el medio siglo.

Ahondando en estudios particulares, tenemos el de Eugenia Houvenaghel, *Alfonso Reyes y la historia de América*. La autora argumenta que el interés de Reyes por la historia mexicana en su obra va aparejado con una construcción identitaria a través de la noción de mexicanidad, pero también de procesos de mestizajes, y la obra *LNE* no es la excepción. Al respecto, esta estudiosa menciona que “el autor no se limita a hablar de un proceso por el que se va forjando el modo de ser propiamente mexicano, sino que apunta ya, desde la ventana literaria a la que se asoma para contemplar la América colonial el

4 A partir de aquí, cada vez que mencione el título de la obra *Letras de la Nueva España* y el título de los ensayos que contiene, lo haré anotando las siglas del título respectivo.

germen de las diferentes identidades que integrarán el mundo hispano” (Houvenaghel, 2003).

Por su parte, Alberto Paredes estudia el concepto de mexicanidad que Reyes apoyó para el caso de Juan Ruiz de Alarcón y considera que el pensamiento alfonsino en la obra *LNE* se dirige también a la configuración de la propia identidad de su autor, que se puede advertir en un tomar postura como sujeto histórico (Paredes, 2010, p. 108).

Mientras que Víctor Díaz Arciniega piensa que “Alfonso Reyes desplegó su creatividad literaria para indagar en la *representación moral* de nuestra identidad; es decir, reconstruyó aquello del pasado sobre lo cual el percibía que se asentaba la tradición, esa abstracción esencial e indispensable sobre la que culturalmente se vertebra México” (Díaz, 2011, p. 135). En particular, la importancia de estos ensayos se asocia con la preocupación de Reyes por insertarlos en la continuidad de la historiografía mexicana desde el referente fundamental que fue la obra de Justo Sierra. Más que nunca, Reyes sentía como imperativo instar al pueblo mexicano sobre la necesidad del reconocimiento de su legado cultural en su presente histórico. Así, las *LNE* representan en la consciencia histórica de Reyes “la línea de continuidad de la parte antigua de nuestra tradición cultural y educativa” (Díaz, 2011, p. 137).

Por otro lado, y más recientemente, en su estudio sobre el canon de la literatura novohispana y los criterios para su edición, Carmen Fernández Galán habla sobre el origen de los estudios coloniales en México hacia la mitad del siglo xx, a partir de la presencia de grupos y proyectos de investigación interesados en el rescate de un *corpus* literario virreinal y mexicano, como “el Seminario de Cultura Mexicana fundado en 1942 y el Centro de Estudios Literarios de la UNAM en 1956” (Fernández, 2016, p. 57). La investigadora menciona, tomando en cuenta el criterio de José Pascual Buxó, que “la revaloración de la literatura colonial en México comienza alrededor de los años ochenta del siglo xx” (Fernández, 2016, p. 57). Aunque Fernández no nombra el trabajo de Reyes, el cual sin duda es inaugural. En este sentido, podemos considerar los ensayos alfonsinos, como dice Buxó, como parte de una etapa en la que “se conjuntaron la moderna investigación científica documental con la revaloración estética del barroco” (Buxó, 1994, p. 27).

Son interesantes las observaciones de Fernández en pleno siglo xxi sobre las características que deben tener, y tienen, algunos proyectos sobre historias, antologías y cánones de la literatura colonial, si los comparamos con las

formas y los contenidos de los ensayos alfonsinos como puntos de partida para construir un canon de literatura, en este caso, novohispana. Fernández menciona, por ejemplo, la dificultad de hablar de literatura “pura”, diría Reyes, en el periodo colonial en relación con la serie social y cultural de aquel tiempo; pues la producción “literaria” estaba determinada por las instituciones de poder de su tiempo, esto es, la censura que se ejercía desde el virreinato, el Santo Oficio y la persecución inquisitorial hacia personas y libros. En este sentido, la autora observa como un acierto el que se consideren todos estos aspectos sociales como imprescindibles en las recientes historias de la literatura (Fernández, 2016, p. 59). La descripción inicial que haremos de nuestro *corpus* observa que Reyes involucra estas presencias sociales, políticas y culturales como fundamentales para el origen y desarrollo de las letras. Sólo que, diría Buxó, configuradas en unas miniaturas cuya importancia ha pasado, más o menos, desapercibida por la crítica.

Introducción al *corpus*

Propongo un recorrido inicial de algunas de las características de cada ensayo en relación con lo que analizaremos a profundidad en otro momento y que nos interesa: la voz enunciativa desde un matiz irónico a partir de las ideas de Roland Barthes sobre el discurso histórico y la interpretación de este análisis con base en una perspectiva cultural y decolonial. Por el momento sólo revisaremos algunos rasgos del matiz irónico. Se observará cómo estos ensayos se entretejen a partir de una discursividad que se perfila a través de un discursar crítico sobre las obras, los autores, la serie literaria y cultural en la que estos se insertaron, y, por tanto, cómo fueron acogidos en su tiempo. A su vez, haremos algunas observaciones sobre cómo esta mirada también permea la propia tradición de la crítica filológica y literaria de las letras novohispanas.

Estos dos elementos (la historia literaria como discurso y su configuración desde una perspectiva irónica) sirven al autor para ir “historiando” una literatura plenamente “ancilar” (Reyes, 1944, p. 31). Es decir, que se encuentra construida de modo liminar con respecto a otros géneros discursivos coetáneos, ya sea para ponerse al servicio (préstamo) de estos o para que estos se pongan al servicio de la literatura (empréstito) (Reyes, 1944, pp. 31-32). Pero este linde se manifiesta más allá de los textos como un efecto de “sus imprescindibles

vínculos con la sociedad y con la historia” (Buxó, 2009, p. 25), es decir, en contacto con un contexto social de convergencia de culturas, de hibridaciones culturales. Es así que los textos son revisados por la voz ensayística con base en estas particularidades de hibridación entre cosmovisiones y entre géneros discursivos. La construcción de un punto de vista irónico desde la enunciación permite advertir los resquicios por los que se dieron estos encuentros, estas coexistencias; a su vez, permite observar cómo fue que algunas veces se fundieron y otras, no, es decir, cómo es que se encontraban en constante conflicto, en una lucha y corte de voces. Este punto de vista nos da acceso también a la mirada de quienes advirtieron la naturaleza de ese contexto y quienes no, tanto desde la propia sincronía de los textos y los autores como desde la diacronía en su estudio por filólogos y críticos literarios.

El ensayo “Introducción: Poesía indígena” abre el *corpus*. El texto comienza con la narración de la llegada de los primeros registros de la literatura española renacentista, los cuales se manifestaron en la oralidad por las voces de los conquistadores, “proverbios y refranes que Hernán Cortés y sus tenientes se cambiaban de caballo a caballo” (LNE, 282). En primera instancia, observamos una enunciación que nos sitúa narrativamente en las circunstancias vivenciales de la inserción de la literatura española durante las expediciones de Cortés. Tras esta presentación, continúa la voz enunciativa:

Y México, ¿qué literatura autóctona poseía? 2. Hay una poesía indígena perdida en mucha parte, como enlazada con una civilización que el conquistador reprimía de caso pensado, confundida con un material religioso que el misionero tenía el encargo de expurgar, entendiéndolo como gentil y diabólico, y mal preservado en la tradición oral, puesto que el jeroglifo no podía preservarla como la partitura es capaz de preservar la música y la escritura fonética apenas se ensayaba (LNE, 283).

Más que instaurar el estilo historiográfico a través del registro de datos con un estilo impersonal y objetivo, se privilegia un modo de enunciación en el que el discurso va configurando la historia que relata no sólo a través del registro de datos sino también como una experiencia para el lector. La cercanía de esta voz la podemos entender mediante los dispositivos de enunciación o *shifters* que identifica Roland Barthes en “La historia como discurso”. En este caso, estaríamos ante un *shifter* “de organización en relación con el tiempo

cronológico de la historia: se trata de las inauguraciones del discurso histórico, puntos en los que se juntan el inicio de la materia enunciada y el exordio de la enunciación” (Barthes, 1994, p. 166).

Este pequeño análisis es interesante como punto de partida para la descripción del *corpus* alfonsino. Siguiendo a Barthes, tenemos en el inicio del ensayo la introducción de la historia oficial de las letras españolas en “el Nuevo Mundo”; pero como exordio, resulta ser una exposición estratégica para, posteriormente, mostrar la “verdadera” introducción a la historia de la poesía en México, la que ya existía y comenzó a aculturarse con estas voces hispánicas populares que recién llegaban; es decir, la poesía indígena prehispánica. Se pone en evidencia, así, a manera de exordio cómo iniciaría una historia oficial de las letras novohispanas. Pero, enseguida, la voz enunciativa desdobra su discurso con una pregunta de investigación que voltea hacia un tiempo inicial más remoto y de la historia de otras culturas, la nahua, la maya y la otomí. Con ello, nos situamos en la materia referida ya en el título: la historia de la poesía indígena que antecede a su encuentro con la literatura hispánica popular.

A este ensayo le sigue “La hispanización”, una visión panorámica por la brevedad del ensayo, pero profunda por el tratamiento de este fenómeno. El introito del texto habla de la llegada de las dos grandes instituciones que dieron a México y Centroamérica el rostro de la Nueva España: la corona, con “la conquista política” al instaurarse el virreinato de Nueva España ya en el siglo XVI, y la Iglesia, con la puesta en práctica de su conquista espiritual y la instauración del Santo Oficio. Tras el registro de los datos históricos sobre el despliegue de la cultura novohispana después del suceso bélico de Cortés, la voz enunciativa relata cómo se fue conformando una sociedad intercultural y cómo se fue dando su institucionalización. Nuevamente, la voz enunciativa alude al encuentro entre “la gente española o europea al servicio de España que se trasladó a nuestro país [...] y la gente mexicana que se incorporó en la civilización de la colonia: criollos, mestizos e indios ya latinados” (LH, 299). Antes del injerto de la cultura española en cepa mexicana, dice el ensayista, ocurrió ineludible el acontecimiento lingüístico del intercambio dialógico. El injerto le ganó espacio al cuerpo al que se adhirió; nos lo muestra el ensayo con el relato del desarrollo de la cultura letrada como factor fundamental de la hispanización del territorio adjudicado. Asimismo, la voz enunciativa comienza a registrar ya desde este ensayo algunas de las exóticas mezclas lingüísticas que comenzaron a producirse en textos teológicos, gramáticos o diccionarios que

combinan el latín con el náhuatl, con el otomí, con el maya, con el mixteco, con el zapoteca o el castellano con estas lenguas. Pero, por supuesto, estas lenguas indígenas estaban contextualizadas desde el punto de vista occidental, muchas veces, por la tarea de evangelización por parte de unos frailes tan desconcertados ante sus nuevos discípulos como apresurados, y aún sin utilizar recursos didácticos en una etapa todavía muy cercana, casi inmediata a la destrucción de México-Tenochtitlán. Dice la voz ensayista:

Estos improvisados maestros, en su patética premura, pretendieron alguna vez comunicar al discípulo en un solo acto la nueva lengua y la nueva fe, siquiera valiéndose de la mímica [...] Sin texto el maestro, sin letras los discípulos, el trabajo era verbal y se valía de mil subterfugios (*LNE*, 300).

El acercamiento por parte de la voz enunciativa a estas escenas de cómo pudieron haber sido las circunstancias de la evangelización en la distancia histórica sin duda es muestra de, en este ejemplo y otros más, esos resquicios que la imaginación histórica y crítica de Reyes logra identificar y transmitir. Por ellos alcanzamos a ver, imaginar, percibir de modo experiencial uno de los sucesos históricos que, en ocasiones se tratan, más bien, con principios de, diría Reyes, pretendida objetividad en la plasmación de los datos y para los cuales esta perspectiva oblicua es inaceptable. Esta sugiere que el *hic et nunc* pudo haber sido distinto de cómo aparece narrado ya desde las propias crónicas de aquel momento hasta algunas propuestas históricas más actuales.

Es “La crónica”, tercer ensayo alfonsino, tal vez el primer género discursivo que comienza a transmitir a Europa las primeras impresiones del continente encontrado; esto es, a manera de *Relaciones* que deben dar cuentas de las “nuevas posesiones” de la corona española para que esta siga financiando a los viajeros en ultramar. Así lo explica la voz enunciativa con su primera afirmación en este ensayo: “La sola aparición de América fertiliza la voluntad y el pensamiento europeos” (*LNE*, 310). El ensayista expresa, así, lo que significó el tesoro encontrado por Europa para que, acaso y más allá de la búsqueda de “oro de Indias”, esta saliera de su marasmo endofágico sobre el rebuscamiento de mitos renacentistas en sus propios referentes, para encontrarse con “el sueño utópico”:

Si el orden de la acción estimula a reformistas, colonizadores y aventureros, y muy pronto se ofrece como una esperanza a la asfixia social de los descontentos,

los “peregrinos”, los hugonotes, en el orden teórico no sólo enriquecen la temática literaria con nuevas sazones de exotismo; también, enlazándose con la tradición humanista de la República Perfecta, presta alas a la especulación política y a la utopía novelada (*LNE*, 310).

“Teatro misionario” es el siguiente paso en la sucesión histórica que propone Reyes de las letras novohispanas. La conquista espiritual mediante el teatro se narra a través de su continuidad con el traslado que hicieron los frailes de los acontecimientos proto-teatrales que se realizaban en el medievo, con sus representaciones geminales del auto sacramental y las comedias de santos, de rituales religiosos o mitos bíblicos actuados por no profesionales en los espacios de las iglesias y con la vitalidad de las fiestas religiosas en calles y plazas públicas. La voz ensayística también considera la aportación de la otra parte, no sólo por el nicho que los frailes encontraron en prácticas orales de transmisión de saberes de padres a hijos, sino en las también representaciones de índole teatral que se hacían en contextos de fiestas religiosas o profanas, con representantes no profesionales, “saltimbanquis”, cantores, etcétera. El acontecimiento teatral también se vivía en los pueblos indígenas a medio camino entre el ritual y el disfrute estético de la fiesta con fines políticos, sociales y religiosos. La mirada crítica transita en las menciones de documentos que registran experimentos dramáticos de voces y símbolos visuales aculturantes entre lo náhuatl y lo castellano, lo tarasco y lo castellano, lo otomí y lo castellano, lo zapoteca y lo castellano. Igualmente, la voz ensayística advierte sobre la oportunidad que tenían los indígenas de representar con fines de conversión, así estipulado por los frailes, pero aprovechando el momento performático para hacer “bromas” dramáticas codificadas en sus referentes culturales. Así se lee en algunos ejemplos que ofrece la voz enunciativa:

La caída de Adán y Eva representada en náhuatl con espléndida escenificación, lleva un motete final en castellano, acaso la primera recitación en nuestra lengua en boca de indígenas. La mudez de Zacarías, padre del bautista, en otra pieza náhuatl, daba ocasión a incidentes cómicos muy a gusto de los naturales. Y cuando San Francisco predicaba en lengua india a las aves, éstas, en efecto, venían a posarse en su mano (*LNE*, 325).

En el mismo ensayo, dice la voz enunciativa: “Pero este teatro comienza a tirar del carro de la comedia y ha de conducirnos hasta la escena criolla” (*LNE*, 322). Llegamos, así a “El teatro criollo en el siglo xvi”. Es “el teatro español nacido en México” (*LNE*, 328). El ensayo narra cómo se conforma este género entre su desprendimiento del original hibridismo que caracterizó al misionario, su despliegue en la fiesta callejera, de plazas públicas, y sus versiones más cultas al interior de los espacios jesuitas con un teatro escolar cien por ciento europeo y escrito en latín. En el escenario novohispano, “el drama no suelta aún sus andaderas [dice la voz enunciativa], y queda medio embarrado en el papel” (*LNE*, 331). El tono humorístico se asoma en este comentario e ilustra muy bien la caracterización que la voz ensayística le da a un teatro que, por dejar atrás las particularidades que iba adquiriendo el de evangelización e ir en busca del refrito hispánico, no logra hacerse un lugar legítimo en su propio territorio. Esta perspectiva capta uno de los afanes menos convenientes en estos siglos de nuestra historia letrada, así lo deja ver Reyes, la imitación subordinada a las formas y los contenidos, en este caso, del teatro peninsular.

En “Primavera colonial (xvi-xvii)”, la perspectiva crítica de la voz enunciativa refleja unas contradicciones que parecen espejarse con las contradicciones que iban surgiendo en el territorio novohispano, esgrima de voces y escrituras diversificadas. Coexisten en la voz enunciativa, por ejemplo en el caso de la valoración de la prosa, afirmaciones como la siguiente, que es con la que abre el ensayo: “No fue el xvi afortunado en la prosa literaria” (*LNE*, 335), o como esta: “el habla media de la buena sociedad colonial” es un “habla sin mucho arte” (*LNE*, 335) y, por otro lado, tenemos afirmaciones como la siguiente: “La prosa [...] no tenía aquí ‘domadores de la palabra’, salía con más libertad, propendía a la sencillez y adoptaba con naturalidad las novedades indígenas, de que es clara muestra el ‘bilingüismo de Sahagún’” (*PC*, 335). Entre “burlas y veras” de la masa de escritores que emergen prolíficamente de ese suelo fértil, la voz enunciativa va identificando unos destellos de frescura y originalidad que ahora mismo siguen entusiasmado en lecturas en voz alta de textos novohispanos a estudiantes en salones de clases o al público, por ejemplo, en charlas de casas de cultura. Así, para el ámbito de la poesía, se destaca a Bernardo de Balbuena, a Mateo Rosas de Oquendo o el controvertido caso del poeta dramático de *La verdad sospechosa*, Juan Ruiz de Alarcón, al que Reyes no se resiste considerándolo como uno de aquellos primeros novohispanos que ya daban el tono del alma mexicana.

El ensayo “Virreinato de filigrana (xvii-xviii)” trata el periodo pleno de la literatura novohispana. La voz enunciativa observa cómo las lenguas y culturas encontradas aquí y en este siglo generan unas prolíficas relaciones literarias: se va conformando un tejido intercultural, en ocasiones de una creatividad singular, como en la poesía de Sor Juana al incorporar palabras indígenas a los tocotines, villancicos y a sus loas. Surgen, asimismo, nuevos vocabularios y gramáticas en lenguas indígenas y latín o experimentos de traducciones de comedias de Lope y Calderón a las lenguas indígenas, como los que hace Bernardo de Alva, hijo de Fernando de Alva Ixtlixóchtli; o verso y prosa castellanos y en latín, de raigambre clásico en la escritura de un europeo mestizo que llega a la Nueva España, vive y escribe allí hasta su muerte en la hoguera, Guillén de Lampart con su *Salterio regio* o su *Cristiano desagravio*. Es decir, esta voz nos muestra la mezcla interlingüística, fenómeno que, en el siglo xvii, entreteje el fondo de las letras de esta etapa para proyectarlas hacia sí y hacia la península con una identidad que se quiere distinguir del estilo hispánico.

Sin embargo, la voz enunciativa que no cesa en su ojo crítico, de corte aquí más occidentalizante (¿o igualmente irónico?), entre amarga y esperanzadora, afirma: “El retraso entre el innovador europeo y el imitador o ‘académico’ americano, observa Lanning, no es de un siglo, sino sólo de una generación; y sin duda en el orden literario, que admite las anticipaciones individuales con relativa facilidad, muchas veces pudo ser menor todavía” (VF, 348-349).

“La era crítica (xviii-ixx)” cierra este *corpus* ensayístico y esta propuesta de letrados novohispanos. La voz enunciativa pone de relieve, nuevamente, distintos fenómenos culturales que coexisten en un periodo en el que, se señala, Nueva España está cada vez más lejana de la dependencia social y política (criollos y mestizos) hacia la metrópoli. En ese momento, el arte poético del barroco novohispano cede su lugar a una visión crítica que quiere tomar conciencia de su historia forjada allí. Dice el ensayista que la identidad de “nación” se hace cada vez más clara a través de un proyecto de discurso histórico que comienza a gestarse, identifica el origen en los pueblos indígenas y aboga, supuestamente, por una nación multicultural. Aunque, por otro lado, dice el enunciante, es el siglo de la latinidad neoclásica desde el punto de vista de las letras. La identidad novohispana se va forjando con un discurso construido desde la promoción cultural jesuita muy trabajada ya en el xvi, y que, para este momento, respira oportunamente los aires de la revolución francesa. El periodismo y la conciencia histórica de una tradición que se argumenta

retóricamente nacida en tierras novohispanas comienzan a gestar su separación de España, y se ayudan del pasado indígena y de la idea de un plan providencial sustentado en mitos de mestizaje como el de Guadalupe-Tonantzin o el del apóstol Quetzalcóatl-Santo Tomás. La voz enunciativa recoge este sentir:

Son rasgos de la época la adopción de una filosofía de lo inmanente (que no niega lo trascendente), la concepción del filósofo como ciudadano del mundo, la noción revolucionaria de que la autoridad se origina en la voluntad del pueblo, la condenación de la esclavitud negra e indígena, la reivindicación de la cultura prehispánica, el sentido de la nacionalidad mexicana y, por último, el auge de la cultura clásica; la cual vino a ser, sino la determinante, al menos la noble madrina de la futura independencia (*EC*, 375).

Conclusiones

Hemos mostrado un breve recorrido por los estudios críticos que han tratado de modo parcial o lateral este *corpus* ensayístico, el cual, sin duda, es inquietante por la visión crítica que propone Alfonso Reyes sobre su propia selección de las *Letras de la Nueva España*. Es una visión sutil, pero contundente y afilada, que, apenas con una expresión o un enunciado, muestra aspectos no considerados o vistos de modo crítico hasta ahora sobre este fenómeno histórico literario, o en contradicción con el propio discurrir de la voz enunciativa que los menciona. El discurrir del ensayista transita con un enfoque agudizado que busca el equilibrio entre el registro de fuentes y datos históricos, y la sensibilidad del “yo” del crítico, permeado en cierta medida por el influjo de la estilística de Amado Alonso y Karl Vossler. Su voz adquiere sentido y forma en su indagar por las letras novohispanas a través de este particular ejercicio valorativo de recepción de su legado cultural, que es el de los receptores a los que se dirigía en su tiempo, y que sigue vigente a 500 años del inicio de nuestra cultura mestiza en la cuenca de México. Es tarea de esta investigación analizar en próximos estudios este *corpus* de manera profunda y sistemática, y con las perspectivas teórico-metodológicas que se han señalado. Podremos, entonces, identificar si la mirada irónica del estudioso se asoma en su propuesta del legado de las letras novohispanas.

Referencias

- Barthes, R. (1994). El discurso de la historia. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura* (2a. ed.) (pp. 163-178). Barcelona: Paidós.
- Buitrago Pineda, S. (2007), *La musa crítica. Teoría y ciencia literaria de Alfonso Reyes*. México: El Colegio Nacional.
- Buxó, J. P. (1994). La historiografía literaria novohispana. En José Pascual Buxó y Arnulfo Herrera (eds.), *La literatura novohispana. Revisión crítica y propuestas metodológicas*. México: UNAM (Seminario de Cultura y Literatura Novohispana, IIB, serie de Estudios de Cultura Literaria Novohispana, 3).
- Buxó, J. P. (2009), Unidad y sentido de las letras novohispanas. *Revista de la Universidad de México*, 62, 21-25.
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. España: Gedisa.
- Díaz Arciénaga, V. (2011). Para fundar una tradición. Una propuesta de Alfonso Reyes. *Literatura Mexicana*, XXII(2), 121-140.
- Fernández Galán Montemayor, C. (2016). Canon novohispano: la búsqueda de criterios de edición. *Cuadernos de Investigación Filológica*, 42, 55-66.
- Houvenaghel, E. (2003), *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mignolo, W. (1991). Los cánones y (más allá de) las fronteras culturales (o ¿de quién es el canon del que hablamos?). *Poetics Today*, 12(1), 1-28. (Trad. de Ariadna Esteve Miranda. Texto traducido y reproducido con autorización del autor y de Duke University Press. Título original: *Canon's a(nd) cross-cultural boundaries (or, whose canon are we talking about?)*).
- Mignolo, W. (2007), *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. (Trad. de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba). España: Gedisa.
- Mignolo, W. (2009), La idea de América Latina (la derecha, la izquierda y la opción decolonial). *Crítica y Emancipación*, 2, pp. 251-276.
- Paredes, A. (2010). También con discusiones literarias se hacen países. Alfonso Reyes y la mexicanidad de Juan Ruiz de Alarcón. *Revista Mexicana*, XXI(1), 101-121.
- Parra Triana, C. M. (2015). La fábula histórica en Alfonso Reyes. *Valenciana*, 8(16), 215-231.

- Ramírez, J. L. (1992). La existencia de la ironía como ironía de la existencia. En Vicente Casals *et al.*, *Scripta Vetera. Edición Electrónica de Trabajos Publicados sobre Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, en <http://www.ub.edu/geocrit/sv-63.htm>
- Reyes, A. (1997). Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España. En *Obras completas de Alfonso Reyes. XII* (2da. reimp.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (1944). La función ancilar. En *El deslinde* (pp. 30-58). México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (1997). Letras de la Nueva España. En *Obras completas. T. XII* (2ª reimp.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Hernández, D. (2004). *Letras de la Nueva España y Poetas novohispanos* en la historiografía literaria colonial. E *Alfonso Reyes. Perspectivas críticas: ensayos inéditos* (pp. 175-192). México: Plaza y Valdés.
- Ugalde Quintana, S. (2013, julio-diciembre). A la sombra del ensayo: filología y teoría literaria en Alfonso Reyes. *Revista de El Colegio de San Luis. Nueva Época*, III(6), 182-188.
- Zavala, L. (1992). Para nombrar las formas de la ironía. *Discurso*, 13, 59-83.